

48



Antón Cortizas
**EL LÁPIZ
DE ROSALÍA**

ROSALÍA VA A LA ESCUELA, EN DONDE APRENDE A ESCRIBIR, QUE PARA ESO TIENE SEIS AÑOS. SU PADRE LE COMPRA UN LÁPIZ MUY, MUY ESPECIAL, PORQUE RESULTA SER ¡UN LÁPIZ DESOBEDIENTE!

ANTÓN CORTIZAS SE DEDICA A LA ENSEÑANZA Y, DESDE HACE AÑOS, A ESCRIBIR PARA LOS NIÑOS. HA OBTENIDO EL PREMIO O BARCO DE VAPOR EN 1988 CON **MEMORIAS DE UN RÍO**, Y EN 1991 CON **O CONTOS DOS SETE MEDOS**. EDICIONES SM HA PUBLICADO TAMBIÉN SU LIBRO **GIGANANO, ¿DÓNDE ÉSTAS?**

PRIMEROS LECTORES

ISBN 978-84-348-3770-6
2 8 0 3 3
9 788434 837706

48

El lápiz de Rosalía

Antón Cortizas

15^o EDICIÓN

sm

EL BARCO



DE VAPOR

Antón Cortizas

El lápiz de Rosalía

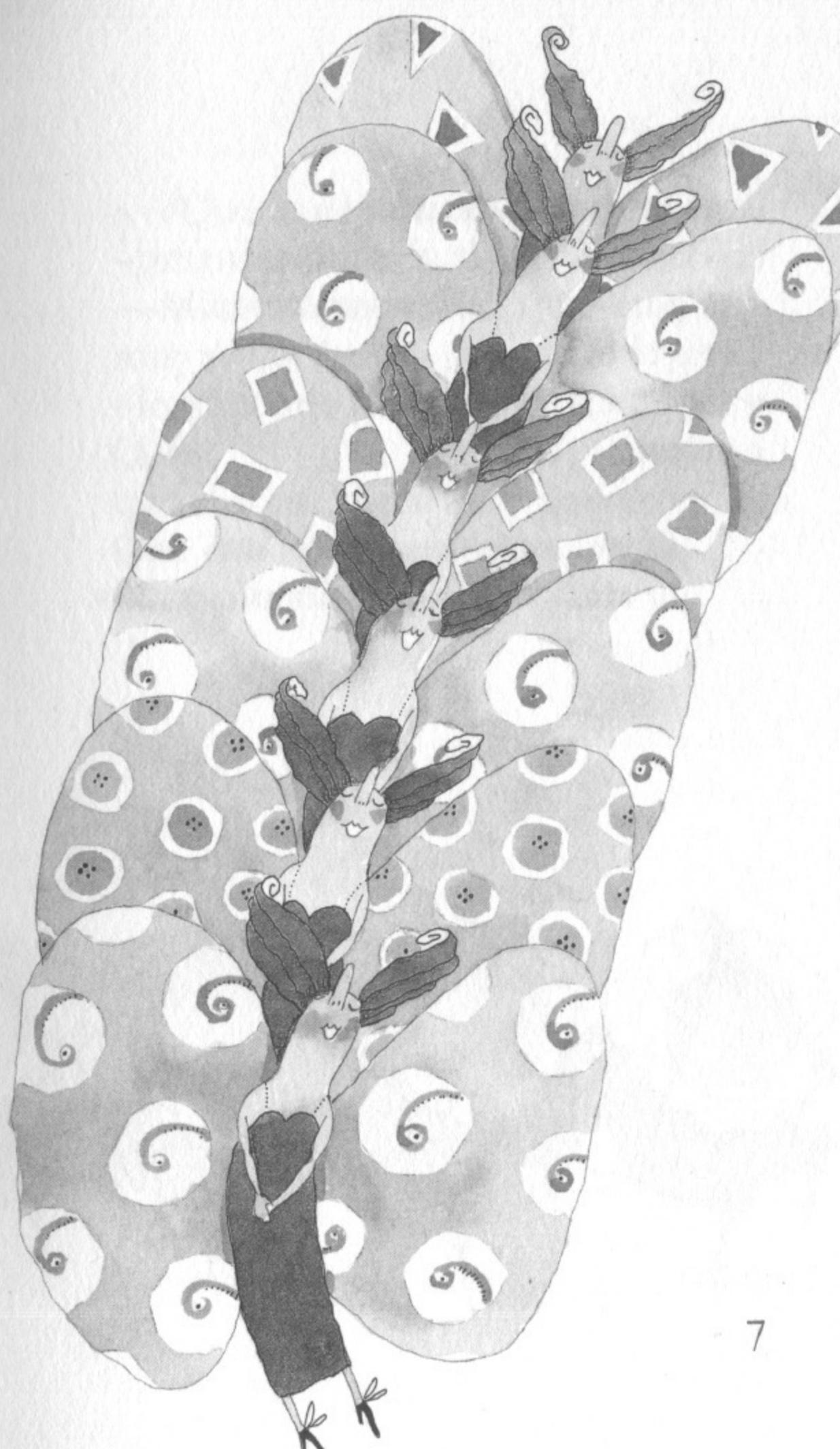
Ilustraciones de Margarita Menéndez





Rosalía tiene seis años.
Su pensamiento está
a seis años de altura del suelo,
y desde sus ojos
mira a todos lados
con mirada de seis años.

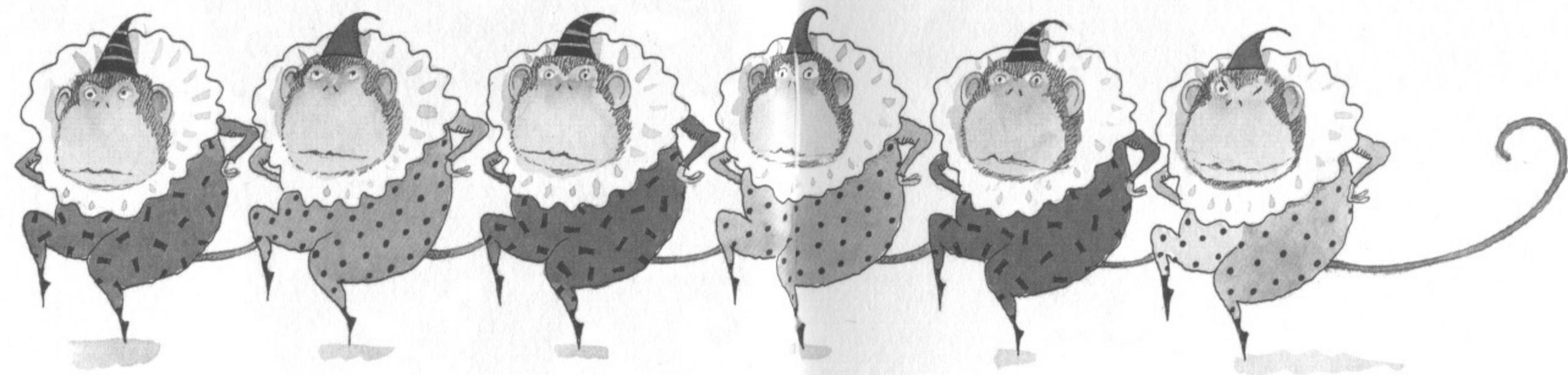
Cuando habla,
de su boca salen mariposas
que aletean por el aire muy alegres,
y se alejan en fila,
diciéndose palabras muy bonitas
con sus colores de seis años.
Y sus manos,
con unos dedos
que también tienen seis años,
tocan las cosas con seis caricias.
Y seis suspiros
suspiran a la vez,
durmiéndose en aquel pequeño corazón
de seis años.



Rosalía va a la escuela,
en donde aprende a escribir,
que para eso tiene seis años.
Coge el libro
y repite en voz alta,
a saltos:

*El mo...no no tie...ne mi...mo.
El mi...mo del mo...no es mí...ni...mo.*

—¿Qué quiere decir mínimo?
—pregunta Rosalía.
—Mínimo quiere decir
muy pequeño
—le responde la maestra—.
O sea,
que el mono tiene muy poquito mimo.
Que casi no tiene mimos.
¿Comprendes?



Rosalía dice sí con la cabeza,
e imagina un mono chiquitillo;
pero con las orejas grandes,
muy grandes,
grandísimas,
que es por donde piensa ella
que al mono
se le escapa el mimo.
Si ella tuviese un mono,
seguro que lo mimaría
más que a nadie.
Y tendría pequeñas las orejas.



Rosalía se ríe con su risa de seis años
y dibuja su risa en el cuaderno
con el lápiz de dibujar sonrisas.
Era un lápiz muy largo
que daba gusto cogerlo.
Digo “era”,
porque ahora apenas mide
tres dedos de largo
y ya se está acabando.
Cuando Rosalía dibujó
su última sonrisa,
se le rompió la mina.
Porque no fue una sonrisa
lo que le salió,
sino una fuerte carcajada.
Sacó punta al lápiz una y otra vez,
pero la mina se le rompía siempre
porque ya era un lápiz viejo.



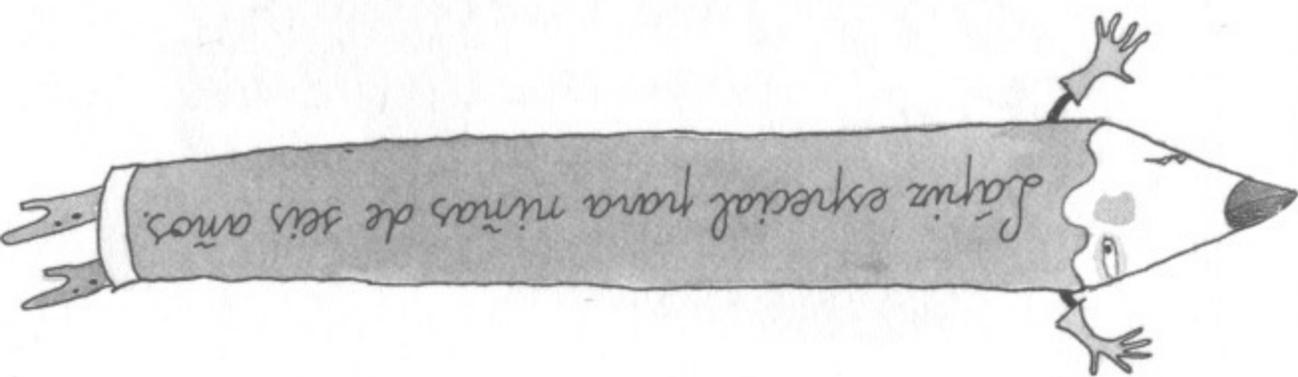
Era tan viejo
como el viejo castaño
que se veía a través de la ventana.
Bueno..., tan viejo... tan viejo... no era,
pero sí era como un árbol en otoño,
que pierde todas sus hojas:
el lápiz perdía la mina
aunque no fuese otoño.
Total,
que Rosalía se quedó sin lápiz.

—Papá, me tienes que comprar otro lápiz
—dijo Rosalía
nada más llegar a casa.
Y su padre le compró otro lápiz.

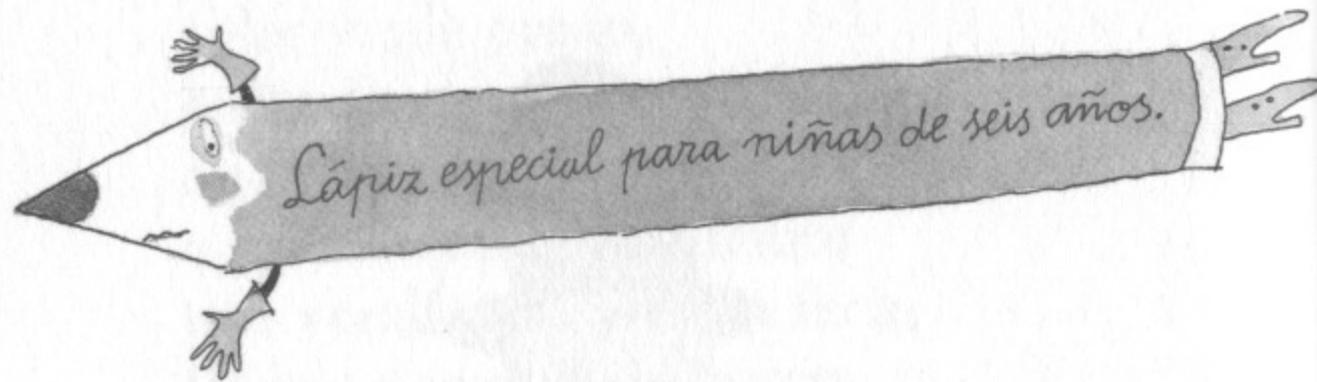


Era un lápiz precioso,
color verde prado,
redondo como una ola del mar.
Su padre se lo compró
a un vendedor ambulante
que vendía, de feria en feria,
lápices y gomas de borrar,
hilos de colores,
pastillas de jabón,
revistas atrasadas
y pelotas de pimpón.
Y hasta churros.

A lo largo,
el lápiz tenía escrita una frase
que decía:



Bueno, lo que realmente decía era:



porque lo estaba mirando al revés.

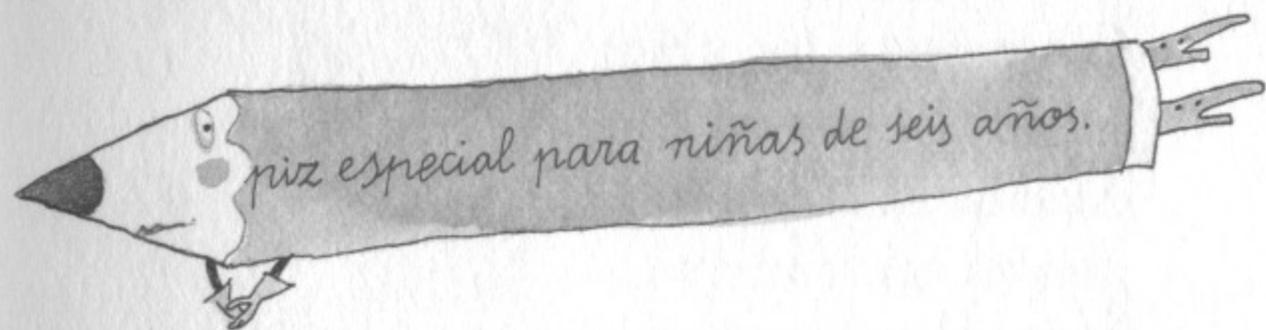
Era un lápiz muy bonito.
Rosalía lo guardó
con mucha ilusión
en un estuche.
Estaba tan contenta
como cuando le compraron
aquellos zapatos nuevos
el día de su cumpleaños,
que también eran
unos zapatos especiales
para niñas de seis años,
aunque no lo pusiese.





Cuando llegó a la escuela,
Rosalía sacó el lápiz
y empezó a afilarlo con el sacapuntas.
Salía una viruta enterita,
con forma de capa morena,
y era como quitarle al lápiz
un trocito de piel.
El lápiz se mareaba
de tanto dar vueltas,
pues era la primera vez
que lo afilaban.

A lo largo de su cuerpo
ahora sólo ponía:



pues el "la" se le había caído
con la viruta.

—¡Venga, empecemos a trabajar!
—dijo la maestra—.
Escribid esta frase:

*La rosa rusa se muere de risa.
¡Qué risa me da esa rosa!*

La maestra escribió la frase
en la pizarra.
Los niños y las niñas
la escribieron en sus cuadernos.
Rosalía la escribió
con su lápiz nuevo,
especial para niñas de seis años.



—Rosalía, lee lo que has escrito
—le dijo la maestra.
Y la niña, balbuceando un poco
porque estaba aprendiendo a leer
y aún no sabía muy bien, leyó:

EL MAR ESTÁ LLENO
DE ESTRELLAS.

La maestra se enfadó un poco:

—Eso no es lo que yo he dicho
—gritó.

Rosalía puso cara de no saber
lo que estaba sucediendo.

Y era verdad que no lo sabía.

—Yo no he escrito esto, *seño*
—afirmó.

—¡Basta! ¡No mientas!

Si has escrito eso tú sola, no está mal.
Pero tienes que hacer lo que digo,
como hacen los demás.

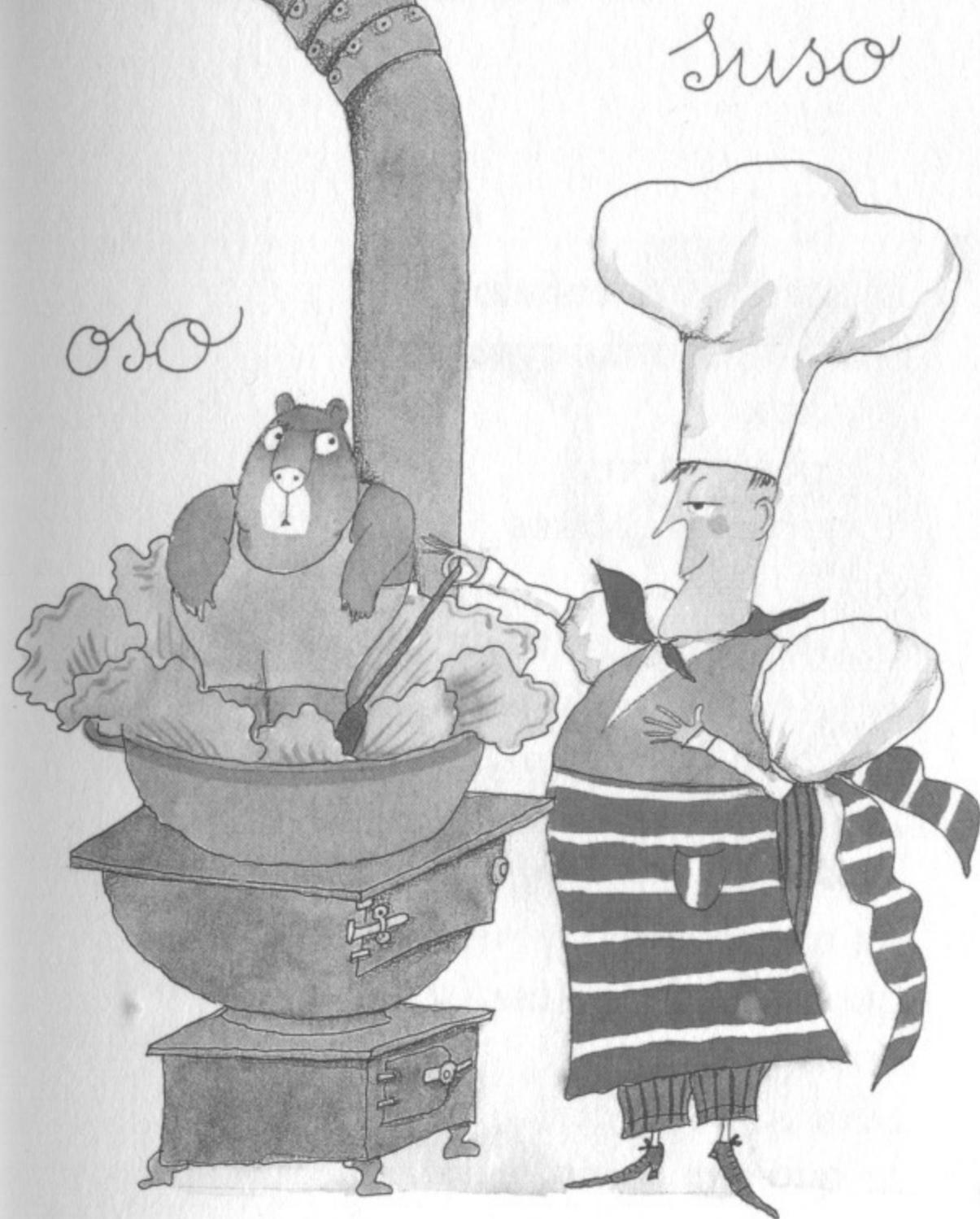


Así pues, que sea la última vez.
Venga, escribid esto:

*El soso de Suso asa un oso.
Sí, él solo asa un oso.
¡Qué Suso más soso!*

—Lee, Rosalía.
A ver qué tal lo has hecho ahora
—le ordenó la maestra
con muy mala intención.
Y la niña, balbuceando
porque aún estaba aprendiendo,
leyó:

CUANDO ME VAYA DE NOCHE
A LA LUNA,
LLOVERÁN ESTRELLAS.



La maestra se enfadó
muchísimo más que antes.
Y gritó.
Y gritó otra vez.
Y movía los brazos
arriba y abajo,
como si quisiera volar.
Pero no emprendía el vuelo
porque no era una gaviota,
aunque sabía chillar perfectamente.

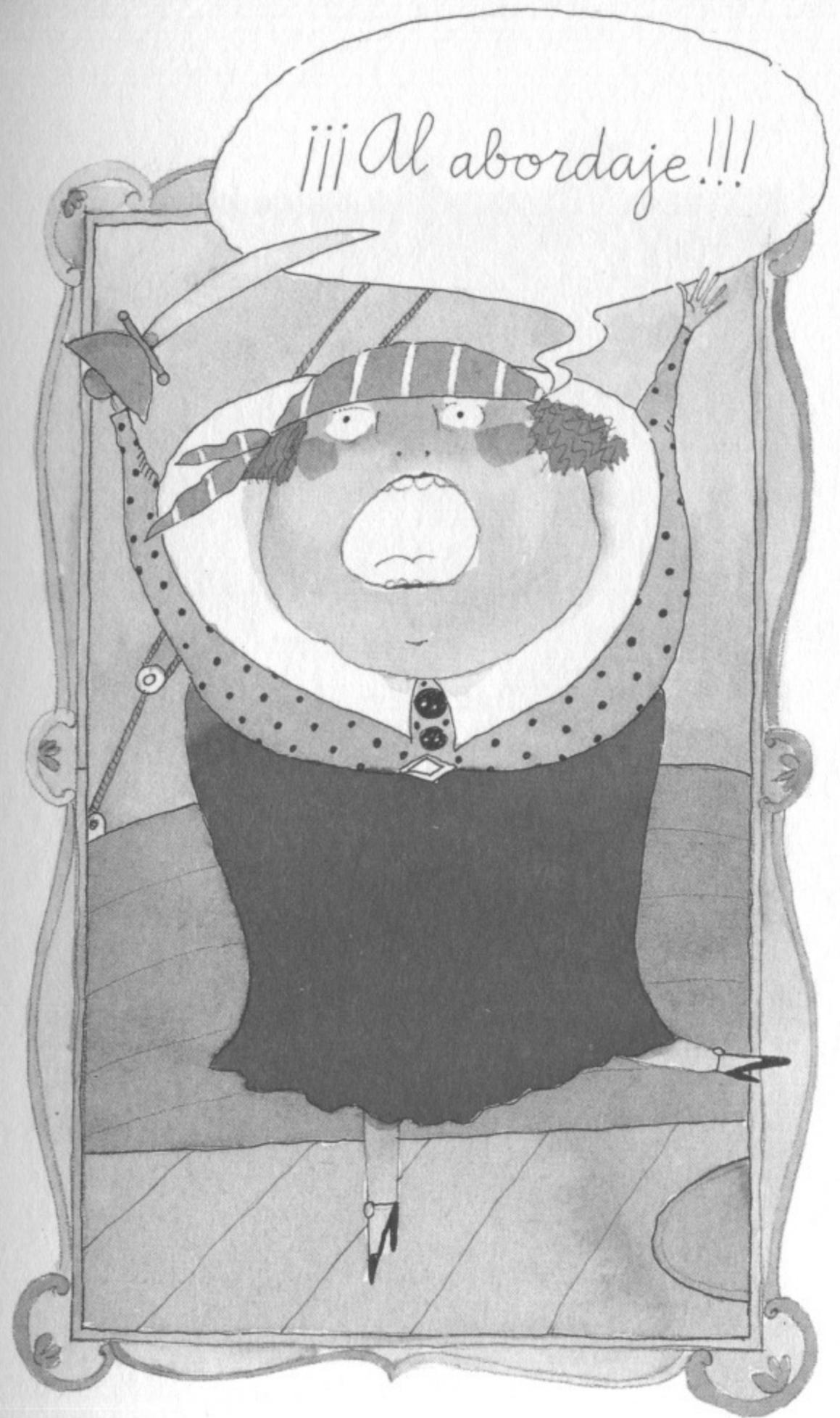
La maestra dijo
que la frase de Rosalía
era muy bonita,
pero que no era
lo que ella había mandado escribir.

Y gritó una vez más,
y volvió a gritar otra vez.



Era una maestra
que sabía enfadarse muy bien.
La niña
la miraba en silencio.
Estaba callada pero estaba pensando.
Viendo el túnel de su garganta,
Rosalía se imaginaba un cuadro
con un marco dorado
en el que había pintado un pirata
que gritaba a grito pelado:

“¡¡¡Al abordaje!!!”



Rosalía se disculpó
con sus seis años:

—*Profe*, yo he querido escribir
lo que tú has dicho,
pero el lápiz ha escrito otra cosa.

—Conque tienes un lápiz desobediente
que no hace lo que le mandas, ¿eh?
—se burló la maestra—.
A ver si sigue desobedeciendo.
Escribe esto:

*¿Memo mira mi mono?
Sí, mira mi mono, Memo.
Mínimo, nómina, mómaro.*



La niña de seis años
escribió todas esas emes.
Se sentía cansada.
Tenía la sensación
de que era una alpinista
que estaba escalando montañas.

El lápiz dejaba en el papel
su aliento ceniciento.
Era como si la punta sangrase
por su único dedo de mina.

—¡Déjame ver lo que has escrito!

Y sin darle tiempo de nada,
la maestra le arrebató el cuaderno
y leyó:

ÉRASE UNA VEZ
UN VIENTO VENTÓN
QUE USABA
SOMBRERO DE LIMÓN.

Todos los niños y las niñas de la clase
se sonrieron,
imaginándose un viento muy elegante
con sabor a limón.



Y pensaban que,
cuando soplaste ese viento ventón,
sacarían la lengua,
y sería como chupar
un caramelo de limón.

Pero la maestra
no se estaba relamiendo,
sino que chillaba aún más:

—¿Crees que me vas a engañar?
¿Piensas que me voy a creer
que no has escrito esto adrede
y que el lápiz escribe
lo que le da la gana?

Le quitó el lápiz,
lo mostró a la clase y dijo:

—Niños, niñas,
aquí está el dichoso lápiz de Rosalía.
Os voy a demostrar
que escribe lo que quiero que escriba
y no otra cosa.



Rosalía estaba avergonzada.
Le daba mucha rabia
que la maestra pensase
que le estaba tomando el pelo.
Eso no era verdad.
A la niña
se le empezaron a humedecer los ojos.

—No pongas esa cara y atiende
—le dijo la maestra—. Yo misma
voy a escribir con tu lápiz:

*Toma tu té, Timoteo.
Tomo mi té en tres tazas.*

Timoteo



La maestra escribió en una hoja
lo que había dicho.
Nada más acabar
de poner el punto,
le dio la hoja a Rosalía
y le dijo:

—¡Anda, lee!
Y mucho cuidadito con lo que dices,
que yo sé muy bien lo que he escrito.

Rosalía balbuceaba y tartamudeaba.
Aún no sabía leer muy bien.
Además,
estaba muy triste
y le venía el hipo.



Entonces leyó, casi sin atreverse:

NO
ME
GUSTA
ESCRIBIR
BOBADAS.

A la maestra
casi le dio un patatús.

Le arrebató la hoja
de un golpe.
Hasta le rompió
una esquina
del tirón que le dio.

Rosalía estaba de acuerdo
con lo que decía su lápiz:
que es una bobada
tomar el té
en tres tazas.

Así que el enfado
de la maestra
ya no le afectaba tanto:
estaba contenta
de lo listo que era su lápiz.



A la maestra
le salía la rabia por los ojos,
por la boca,
por los oídos,
por los botones de la blusa
y hasta por la nariz.
Parecía un dragón
echando humo.

Y así,
echando humo,
leyó en voz muy alta,
tan alta que llegó hasta el techo:

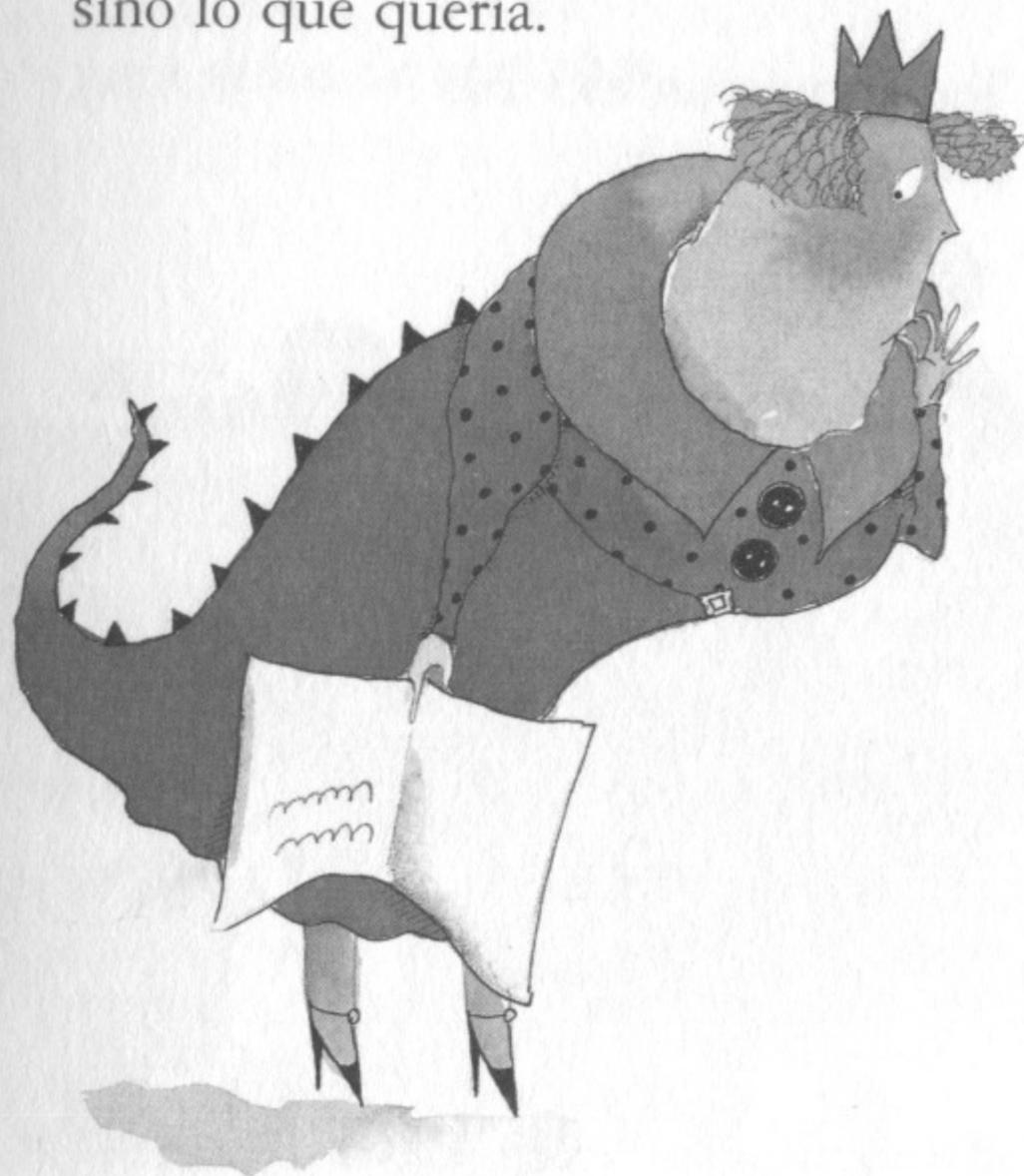
**NO ME GUSTA
ESCRIBIR BOBADAS.**



Como lo leyó muy rápido,
no le dio tiempo
a darse cuenta
de lo que estaba leyendo,
hasta después de haberlo leído.
Porque,
efectivamente,
eso era
lo que estaba escrito en la hoja.

De la rabia que le dio,
la maestra se puso tan colorada
como un semáforo rojo.
Y tardó mucho tiempo
en ponerse verde.

Al final tuvo que reconocer,
delante de todos,
que el lápiz de Rosalía
no escribía
lo que se le mandaba,
sino lo que quería.



Y corrió la voz por toda la escuela:

ROSALÍA TIENE UN LÁPIZ
QUE ESCRIBE
LO QUE LE DA LA GANA.

Todos querían escribir
con aquel lápiz.



Frente a la puerta del aula
se formó una cola
muy laaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaarga
de niños y niñas
que querían escribir
con el lápiz especial
para niñas de seis años.



Algunos le ofrecían hasta tres canicas
por dejarles escribir
una palabra.

Otros le ofrecían
un trozo de chicle.

Algunos no le ofrecían nada,
porque nada tenían,
pero le decían
que, cuando tuviesen
una galleta de chocolate,
le dejarían chupar el chocolate.

—Anda, Rosalía,
déjame escribir sólo una palabra
—le pidió un compañero.

esternocleidomastoideo

Y Rosalía le dejó.
El niño quiso escribir HOLA,
todo con mayúsculas,
y se puso a escribirlo
con mucha atención.
Pero el lápiz no escribió HOLA,
sino que escribió
esternocleidomastoideo,
y todo con minúsculas.



—¿Esterno... qué?

—preguntó el niño a Rosalía,
pensando que,
como dueña que era del lápiz,
tenía que saberlo por fuerza.

—No sé —contestó Rosalía—.
Procura escribir una palabra más fácil.

El chico se marchó muy orgulloso,
contento de haber escrito
una palabra tan complicada.



Rosalía volvió a sacar punta al lápiz.
La sacaba despacito,
para que se gastase menos.

—Déjame hacer sólo un dibujito
—le pidió una amiga.

—Toma, pero hazlo muy pequeño,
que se gasta.

La niña, sacando la lengua
porque lo quería hacer bien,
dibujó un pez
con forma de pez.
Pero el lápiz dibujó
una máquina calculadora
con forma de raqueta de tenis.

A la niña le hizo tanta ilusión
dibujar con el lápiz de Rosalía,
que pegó un brinco
de contenta que estaba.
Pero dio contra la mesa
y, sin querer,
tiró el lápiz al suelo
y le rompió la mina.

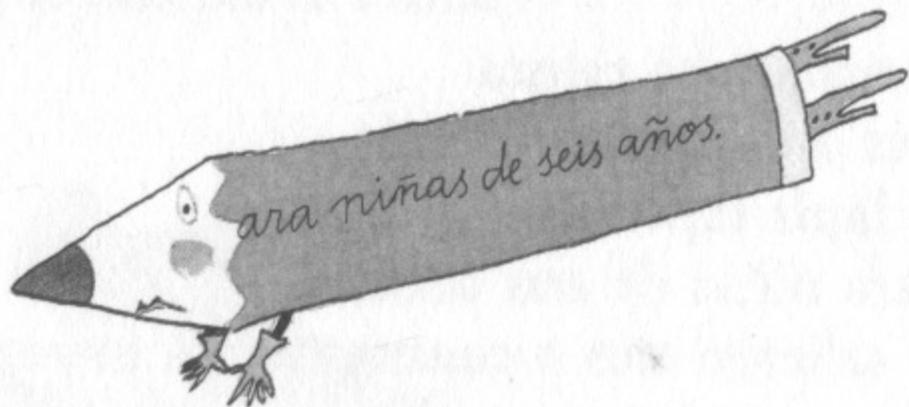


Rosalía sacó punta
tres o cuatro veces más
al lápiz especial
para niñas de seis años.
Y salieron tres o cuatro virutas morenas,
como mariposas,
que se echaron a dormir sobre la mesa.

Sobre la mesa de Rosalía
nevaba, en gris,
una harina cenicienta,
y era como si el lápiz
estuviese sangrando sueños
todavía nunca soñados.

—No quiero sacarle más punta
—dijo de repente Rosalía—,
que me estoy quedando sin lápiz.
Mirad cómo está ya.

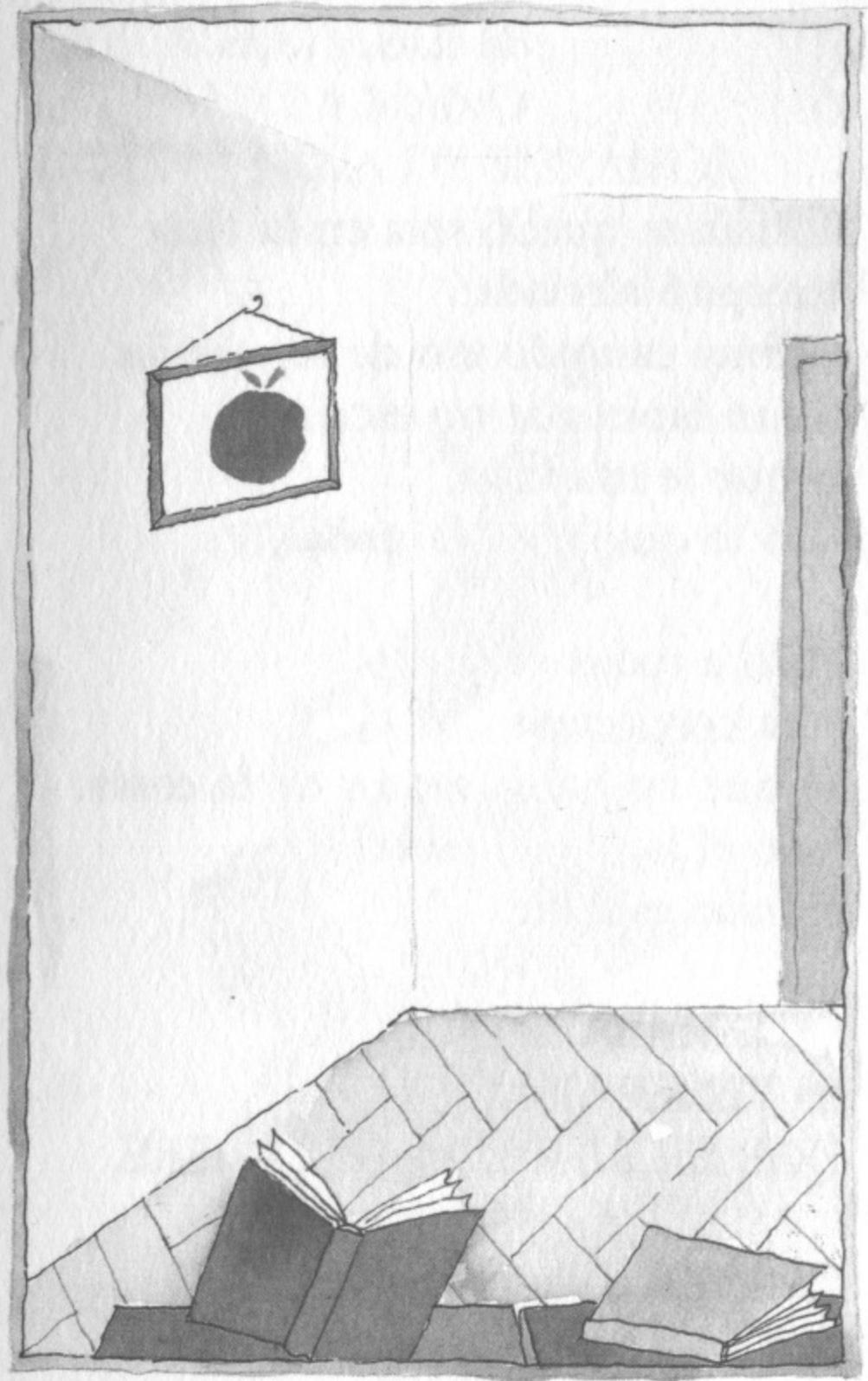
Y la niña enseñó el letrero
que estaba escrito a lo largo del lápiz
y que ahora sólo ponía:



Guardó el lápiz en su estuche,
para que nadie más
escribiese con él.
Pero sus compañeros le insistían,
y la cola de los que aguardaban
para escribir
cada vez era mayor.



En esto, sonó el timbre
y, en un santiamén,
todo quedó vacío,
pues era la hora del recreo.



Rosalía se quedó sola en la clase
y respiró aliviada:
es muy cansado eso de ser dueña
de un lápiz que no escribe
lo que le mandan,
sino lo que le da la gana.

Miró a todas partes
para cerciorarse
de que no había moros en la costa.
Sacó el lápiz del estuche
y quiso escribir:

QUÉ MARAVILLOSO
ES TENER UN LÁPIZ
QUE ESCRIBE LO QUE QUIERE.

Pero el lápiz no escribió eso,
sino esto otro:

QUÉ AGRADABLE ES
ESTAR EN LA MANO
DE UNA NIÑA DE SEIS AÑOS.



Y Rosalía,
que estaba a seis años de distancia
del día en que nació,
tomó el lápiz
con todo cariño
y acarició su mina.

Le dio un interminable abrazo
con sus suaves dedos de seis años.
Lo miró
con seis toneladas de dulzura
y le dirigió
una cariñosa sonrisa
de seis años de alegría.

